

## PREFACIO

*Castillo Rosclogher. Sur del Lago Melvin*  
*Tierra de Connacht. Territorio del Clan McClancy*  
*Norte de Irlanda*  
*Diciembre de 1588*

**I**rlanda estaba oficialmente bajo el control de la monarquía inglesa, pero ese dominio parecía más bien una quimera, una promesa de poder que se deshacía entre los dedos como la arena húmeda. La realidad era muy distinta, pues era un territorio defendido por clanes gaélicos que se aferraban a sus tierras con uñas y sangre, resistiendo a un invasor que imponía su ley a la fuerza.

En los verdes campos y en las aldeas de piedra, el conflicto latía en cada sombra. Aunque, a simple vista, la isla podía parecer un paisaje sereno de onduladas colinas y tranquilos ríos, bajo esa calma se escondía una guerra constante. La lucha entre los jefes irlandeses y los emisarios de Isabel I no tenía frentes definidos ni líneas de batalla, sino emboscadas en los caminos, lealtades compradas con oro o traicionadas por la desesperación.

Se trataba de una guerra de desgaste. Los ingleses querían someter Irlanda, pero cada victoria les costaba sangre, cada castillo tomado les aseguraba solo unas semanas de paz antes del siguiente levantamiento. Los clanes, expertos en la guerra de guerrillas, conocían los senderos, los pantanos y los bosques como si de una prolongación de su propio cuerpo se tratara. Los ingleses podían controlar las ciudades, pero en los campos, en las colinas y en los valles, el poder seguía perteneciendo a los irlandeses. En ese lejano país, no tenía el verdadero poder quien gobernaba desde un trono en Londres, sino quien podía sostener una espada cuando llegaba el momento de la verdad.

Décadas hacía ya que el gobierno inglés se aferraba a Irlanda con uñas y dientes, como un perro rabioso que no suelta el hueso, aunque le partan el lomo a palos. La ambición de Londres no conocía límites, y la conquista Tudor de Irlanda no era solo una cuestión de dominio territorial, sino una guerra de exterminio contra aquellos que se revelaban al poder inglés. Cada palmo de tierra debía someterse; cada clan, doblarse, y cada espada celta romperse o alzarse en desafío.

Enrique VIII, el monarca que había decapitado esposas y desafiado a Roma con una desmesurada soberbia, fue el primero en intentar tragar aquel bocado que resultó demasiado grande incluso para su insaciable apetito. No le bastó con despojar a Irlanda de su independencia; quiso robarle su alma, arrancar de raíz sus costumbres y su fe.

Recogieron la antorcha sus sucesores y la convirtieron en un gran incendio. Isabel I, la reina virgen que jugaba con espías y corsarios como un tahúr con cartas marcadas, desató sobre la isla una tormenta de hierro y fuego. Las tropas inglesas arrasaban aldeas, ahorcaban rebeldes y quemaban cosechas, dejando a su paso una estela de cenizas y cadáveres. Pero los irlandeses eran duros de pelar; siempre lo habían sido.

Desde las colinas de Connacht hasta los pantanos de Münster, la resistencia no solo se mantenía, sino que se intensificaba cada vez más. Se escondía en los bosques, atacaba desde las sombras y desaparecía en la niebla. Luchaban los clanes como lo habían hecho sus antepasados; lo hacían con la furia de hombres que no tienen más patria que la tierra que pisan ni más destino que la muerte.

En los castillos, los lores ingleses levantaban copas y brindaban por la conquista; sin embargo, en los bosques, los jefes gaélicos afilaban sus espadas y juraban venganza. Inglaterra quería someter a Irlanda, pero Irlanda quería sobrevivir. Y en medio de ese pulso mortal, la sangre seguía regando la tierra.

Pero Isabel no gobernaba solo con palabras o con tratados, gobernaba con mano dura. No solo mataba el acero inglés en el

campo de batalla; también lo hacía Isabel lentamente, con leyes, con decretos, con papeles firmados en los despachos reales. Y así se extendió su plan más insidioso: las *plantaciones*. Un arma sutil y despiadada, pues no se trataba de derrotar a los irlandeses con arcabuces y espadas, sino de arrancarles la tierra de debajo de los pies y de convertirlos en extranjeros en su propio país.

Con calculada frialdad, comenzó la Corona a expropiar tierras a los terratenientes irlandeses, desposeyéndolos de sus derechos ancestrales. Los campos que durante generaciones habían alimentado a los clanes fueron entregados a colonos ingleses y escoceses, protestantes, fieles a la reina y a su nueva religión. Vinieron con títulos de propiedad en una mano y espadas en la otra, dispuestos a quedarse con todo.

La región de Münster fue el laboratorio de la infamia. En el sur, habían comenzado a echar raíces las primeras plantaciones. Aldea tras aldea, granja tras granja, los irlandeses eran desposeídos. Algunos huían a los bosques, otros se rendían a la servidumbre. Los más valientes se quedaban y morían de pie, quemando cosechas, matando ingleses en las sombras, desangrándose en la tierra que les arrebataban.

Pero aún quedaba Ulster, en el norte. Una tierra dura, casi indómita, donde los clanes no se inclinaban con facilidad. En ese cruel año, aún no había oscurecido la sombra de las plantaciones aquellos valles, pero Isabel sabía que el tiempo jugaba a su favor, y cada día que pasaba era un paso más hacia la conquista total. Los irlandeses también lo sabían; la guerra no había hecho más que empezar

Aguardaban en silencio los ocho soldados españoles y la mujer, con los dedos crispados sobre los gatillos de sus mosquetes. La pólvora, por suerte, estaba seca, pero el ambiente era húmedo. Las mechas ardían en los serpentines, chisporroteando levemente. Desde las almenas y la aspillera situada a media torre, apuntaban a la orilla del lago, por donde la muerte se acercaba.

El castillo no era una fortaleza impenetrable, pero sí lo único que tenían. Baluarte alzado sobre un islote, prometía resistencia hasta el último aliento. El muro frontal, reforzado con sacos de arena y restos de barricadas, era su esperanza... y tal vez su tumba. Si las cosas se torcían, nadie saldría con vida de allí.

Así, solitario y desafiante, se erguía el castillo de McClancy en medio del lago Melvin, roca erizada de muros en mitad de un mar de frías aguas. Desde la orilla, el islote semejaba un puño cerrado alzado contra el cielo encapotado, último refugio para quienes ya no tenían a dónde ir ni nada que perder.

Construcción circular de piedra gruesa y antigua, la fortaleza suponía un desafío en toda regla. Ennegrecidas por el musgo y la humedad, sus paredes habían resistido siglos de vientos y tormentas. Y la única forma de alcanzarla era cruzar el traicionero lodazal que la ceñía por el sur: más de media milla de fango y maleza donde el agua atrapaba a hombres y caballos como una trampa invisible.

Desde el otro lado del lago, una columna de humo delataba la llegada de los ingleses. No marchaban en línea, pues no tenían prisa. Venían como lobos, sabiendo que la presa estaba acorralada. La ventaja era suya, ya que tenían hombres, armas, y lo peor de todo: tenían tiempo.

Pero los españoles también tenían algo que ni el hambre, ni la sed, ni los naufragios podían arrancarles: los cojones bien puestos y la certeza de que aquel castillo no caería sin pelea.

El sargento cargó su mosquete con calma, escupió al suelo y alzó la vista hacia el horizonte.

—Parece que al fin llegan esos hideputas.

Todos guardaron silencio.

McClancy, el señor de aquellas tierras, había tomado su decisión. No estaba dispuesto a ser masacrado por los ingleses, pero tampoco iba a perder hombres en una batalla sin sentido. Sabía que su castillo podía resistir, pero no para siempre. Así que, cuando sus exploradores le trajeron noticias de la inminente llegada del ejército enemigo —cerca de dos mil soldados de la

reina Isabel I—, ordenó reunir a su gente, cargar el ganado y perderse en las montañas. Se llevaría consigo todo lo que tuviera vida.

Antes de partir, les ofreció a los españoles la única opción sensata: huir con ellos. Pero los españoles, harapientos, descalzos y exhaustos tras semanas de fuga, ya no estaban para más huidas. No eran hombres acostumbrados a correr, sino soldados, y un soldado no huye eternamente. Así que se quedaron, porque no les quedaba nada más que su orgullo, su pólvora, su acero y, lo más importante, su dignidad.

El castillo sería su última trinchera y frontera. Más allá solo quedaban la derrota y la muerte.

McClancy, en un gesto de lealtad que rara vez se veía en aquellos tiempos de traiciones y cambios de bando, dejó bastimentos suficientes para aguantar medio año de asedio. Carne salada, queso curado, toneles de agua y cerveza. Nada de lujos, solo lo justo para una corta ración diaria. También dejaron armas: mosquetes, arcabuces, pólvora y acero, lo único en lo que un soldado puede confiar cuando todo lo demás se desmorona. También dejó munición suficiente para luchar y vender cara la piel.

Los españoles, curtidos soldados de los tercios, hartos de huir, de dormir en el barro y de temer cada sombra, tomaron una decisión simple y brutal: se quedarían y pelearían. Porque eso es lo que hacen los soldados cuando ya no queda otra opción. Se atrincheran, se amparan como la madre que los parió en la blasfemia y esperan la muerte de pie.

Fuera, en la helada niebla de Irlanda, venían los ingleses a por ellos, pero allí dentro, tras los muros de piedra gastada por la lluvia y el tiempo, los hombres se preparaban para recibirlos con plomo, con pólvora y con sangre.

—Capitán —gruñó Domingo López, con la espalda contra la fría piedra y los nudillos blancos de tanto apretar el mosquete—, esos bastardos de la reina ya no tardarán en aparecer.

Sentado frente a él, Cuéllar se limitó a mirar al sargento con serenidad, sabiendo exactamente lo que se avecinaba.

—Así es, Domingo —le dijo al fin—. De un momento a otro estarán aquí.

Hubo un espeso silencio, solo roto por el crujido de una tea en la pared. Afuera, el viento ululaba contra los muros del castillo, y la humedad lo impregnaba todo: la piedra, la pólvora y los huesos.

Cuéllar se inclinó hacia adelante, apoyó los antebrazos en las rodillas y fijó los ojos en su sargento.

—Y cuando lleguen... —hizo una pausa—, les demostraremos a esos cabrones de qué pasta estamos hechos los españoles.

No dijo más. El metal de las armas chasqueó tenuemente en la penumbra mientras los hombres revisaban su equipo. Los arcabuces estaban listos y la pólvora, por suerte, la mantuvieron seca. Solo quedaba esperar.

El capitán Francisco de Cuéllar era un castellano de estatura media, fuerte como un toro y con una barba tan espesa como su mal genio. Llevaba dos meses en el castillo, suficientes para conocer bien sus muros, tanto sus fortalezas como sus debilidades, y ya harto acostumbrado al hedor de una mezcla de humedad y pólvora.

Venía de las tierras de Brian O'Rourke, otro noble irlandés que lo había acogido y protegido durante un tiempo. Lo justo para lamerse las heridas, recuperar el aliento y continuar su viaje hacia el norte. Y Cuéllar, pese a las cicatrices y los huesos todavía resentidos por el naufragio, no era hombre que se quedara quieto por mucho tiempo.

De carácter afable cuando convenía y astuto cuando tocaba, se había hecho un hueco en aquel rincón perdido de Irlanda. McClancy, el señor del clan, lo miraba con respeto, sus hombres lo seguían sin rechistar y las mujeres del castillo le sonreían más de la cuenta. Un capitán español varado en tierra enemiga, con

más cicatrices que certezas y una única opción por delante: morir matando.

Los españoles estaban hartos de huir, hartos del frío, hartos de esconderse como ratas en un país que no era el suyo y donde cada rincón podía suponer una emboscada, una paliza o la muerte. Inglaterra había puesto precio a sus cabezas, y los malditos irlandeses, tan católicos como ellos, los traicionaban o los masacraban en las playas con la misma facilidad con la que cambiaban de bando. Pero allí, en el castillo de McClancy, se acababa la huida. No habría más carreras ni noches a la intemperie, con los huesos ateridos y la espada —el que la tuviera— temblando de frío en la mano. Si los ingleses querían sangre, tendrían que venir a buscarla dentro de aquellos muros. Y a un español armado y atrincherado no se le atrapa o mata fácilmente.

Lo sabía bien el capitán Cuéllar, pues su cuerpo, todavía maltrecho por el naufragio, no le dejaba olvidarlo. El madero que casi le destroza las piernas, la furia del océano escupiendo cadáveres en la costa de *Streedagh*, los gritos de los que se ahogaban y los alaridos de los que morían degollados en la arena... Todo seguía en su cabeza. Pero eso ya no importaba. Dolor, hambre, frío, muerte... Que vinieran con todo esos cabrones. Cuéllar estaba listo, y con él, sus hombres.

No tardaron en aparecer. En la orilla sur del lago Melvin, se desplegó el ejército inglés con una precisión envidiable. Se trataba de un bosque de lanzas, arcos y arcabuces, ordenadas hileras marchando con fría disciplina y con la seguridad de que su enemigo ya está muerto, solo que aún no lo sabe.

Flameaban las banderas de San Jorge en un aire frío y húmedo, rojo sobre blanco, sangre sobre hueso. Bajo ellas, cerca de mil ochocientos soldados con la mirada vacía cumplían órdenes sin hacer preguntas. Al frente iba George Bingham, un noble inglés frío e implacable, con un porte acostumbrado a dictar sentencias de muerte. No venía a parlamentar ni a negociar, venía a hacer lo que su hermano, el gobernador de Connacht, le

había ordenado: capturar a los oficiales, ejecutar a los españoles y decapitar a McClancy. No habría clemencia.

Los ingleses no veían solo un puñado de soldados atrincherados en un islote; veían una chispa que, con la brisa adecuada, podía incendiar toda Irlanda. Sabían que los españoles eran hombres desesperados, curtidos, hombres sin nada que perder. Y eso los volvía peligrosos. Si esos desgraciados, hambrientos y medio muertos, decidían unirse a los irlandeses, podían transformar la isla en un infierno para la corona inglesa. No estaba Londres dispuesta a permitirlo.

El castillo, con sus muros de piedra fría, seguía en pie, pero sus defensores comenzaban a entenderlo: aquello no era un refugio, era su tumba.

—¡Españoles! —gritó George Bingham desde la orilla—. Rendíos. Deponed las armas y entregaos. Os garantizamos una salida segura de Irlanda. Un navío de la reina os llevará de vuelta a España.

Mentía, claro, tal y como mentían siempre los ingleses cuando ofrecían clemencia.

Desde su montura, Bingham lucía impecable: alta figura, piel pálida, barba bien afeitada y gesto altivo. Su caballo negro, lustroso y bien cepillado, se mantenía firme sobre un terreno pantanoso, como si la misma bestia supiera que tenía la sartén por el mango. Y en realidad la tenía. Eran casi dos mil soldados, y los españoles, solo ocho.

Sentado en una silla junto a la aspillera, Francisco de Cuéllar apenas levantó la mirada.

—Domingo —musitó entre dientes, con voz cansada—, la negociación es vuestra. No tengo fuerzas para lidiar con esos bastardos. Confío en vos.

Soltó un leve resoplido y apoyó la cabeza contra la fría piedra del muro.

Mientras Domingo observaba al ejército inglés desplegado al otro lado del lago, sintió cómo el peso de la responsabilidad volvía a caer sobre sus hombros. Otra vez. No era la primera vez

que se encontraba en una situación así, y sabía que no sería la última.

El retumbar de los tambores ingleses, monótono e implacable, le traía otro sonido, más viejo y oscuro: Flandes. El asedio al que estuvo sometido en el dique de Empel tres años atrás.

Pablo Vázquez, un arcabucero de su compañía, o más bien de la que fue la compañía de mosqueteros del capitán Sancho Hernández, había sido uno de los mejores. Leal, duro y preciso como un reloj. Hasta que un cañonazo rebelde, procedente de una galeota en el Mosa, hizo saltar un cestón lleno de piedras y tierra, enviando una lluvia de metralla y muerte sobre la trinchera de aquella ermita. Una de esas piedras, gruesa como un puño, se le clavó en el pecho; otra le abrió un boquete en el estómago y la última le arrancó una pierna.

Todavía recordaba Domingo los gritos y los lamentos. Jadeos, cortos y secos, como si el alma se le escapara por la boca. Cuando levantó la vista, el resto de los soldados seguían en shock, paralizados. Fue entonces cuando asumió el mando, cuando gritó las órdenes que nadie más era capaz de dar. Y ahora, tres años después, se encontraba en la misma situación. Otro asedio, otro enemigo, otra elección que debía tomar. Cerró los ojos un instante, como si buscara en su interior la voz de su viejo compañero, o la de su querido capitán Sancho Hernández. Cuando los abrió de nuevo, su decisión ya estaba tomada.

El capitán Francisco de Cuéllar sintió un alivio feroz, casi primitivo, al reencontrarse con Domingo López y Martina. En tierra firme, bajo un cielo amenazante, volvía a reunirse con algunos de los suyos, esos pocos que aún quedaban en pie tras la carnicería que había sido la travesía, y después, tras el naufragio.

Martina, la gaditana, la mujer que jamás debió haber pisado un galeón de guerra, se mantenía erguida con la dignidad de un soldado veterano. Con casi treinta y tres años, en su mirada brillaba el fulgor de quien no ha aprendido a temer del todo. Desde Lisboa hasta el Canal de la Mancha había aprendido a

cargar y disparar un mosquete con la misma precisión que los hombres que la rodeaban. Al principio, con la paciencia del alférez Diego de Padilla, en el galeón *Nuestra Señora del Rosario*. Después, bajo la instrucción más severa e intensa del sargento Domingo López, en la nao levantina *La Lavia*.

Sin embargo, Domingo era otra historia. Había nacido para la guerra, o tal vez la guerra había nacido para él. Se trataba de un soldado de gran iniciativa, de los que no esperan órdenes cuando la situación es crítica. Cuéllar lo había visto tomar decisiones en situaciones imposibles, cuando otros solo podían maldecir o rezar. Por eso confiaba en él.

Y ahora, allí estaban los tres, de nuevo juntos en aquella tierra hostil, tras haber cruzado un mar embravecido bordeando las traicioneras costas del norte de Escocia e Irlanda, escapando de tormentas, pero lamentablemente, no de todas.

—Vive Dios, que no creí volver a veros con vida —les dijo Cuéllar, observando a ambos—. Pero, pardiez, aquí estáis, y aunque la situación no es la más propicia, egoístamente me alegro de veros tan prestos al combate.

Apretó Martina la empuñadura de la espada, con un gesto que ya no era de pescadora, ni de la hija del regente de una posada, sino de un soldado.

—En verdad os digo, capitán, que hubiera podido ser en mejores circunstancias —le respondió ella.

Domingo sonrió. Fue una sonrisa breve, amarga, sabedor de que la batalla ni siquiera había empezado.

Para el capitán Francisco de Cuéllar y el sargento Domingo López, la rendición no era una opción, y mucho menos después de todo lo que habían visto y sufrido.

Estaban exhaustos, hambrientos y con los cuerpos molidos por la fatiga y el alma cargada de muertos. Desde que naufragaron en aquellas malditas costas irlandesas, habían visto con sus propios ojos lo que los ingleses hacían con los soldados españoles. No había clemencia. Solo horcas y cuerpos colgados en el interior de iglesias católicas, como advertencia y escarnio.

El oficial inglés podía prometer lo que quisiera, pero ellos sabían la verdad; si se entregaban, los matarían como si fueran cerdos. Desnudos, humillados y, tras ello, exhibidos como trofeos de la victoria protestante.

Miraba Cuéllar a lo lejos mientras el viento azotaba los muros del castillo. Su mandíbula estaba tensa y su rostro reflejaba rabia y cansancio. No tenía miedo a la muerte, pero no pensaba morir como un cobarde. Si iban a caer, lo harían como verdaderos soldados de los tercios: a base de estocadas, guantazos y mascando pólvora.

Domingo López aferró su mosquete con fuerza. Aquello no era una batalla convencional; era un ajuste de cuentas de la reina. Y si iban a morir, primero se llevarían por delante a cuantos bastardos ingleses pudieran, y vaya si lo iban a hacer.

—Martina —gruñó Domingo—, vamos a enseñarles a esos malnacidos cómo se rinden los españoles. Apuntad como habéis aprendido durante los entrenamientos. Usad la parte superior de la aspillera y apoyad el mosquete en la horquilla, lo tenéis a la altura perfecta. Yo dispararé por la parte inferior.

Martina asintió, decidida a poner en práctica lo aprendido. El miedo había desaparecido y solo quedaba la adrenalina y el impulso animal de la supervivencia.

—Esperaba este momento, Domingo.

El sargento se preparó y, con un gesto feroz, apuntó su arma hacia el enemigo.

—¡Señores! —gritó, desviando su mirada a los soldados alineados en las almenas, sin alcanzar a verlos, pero sí sentirlos—. Demostrémosles a esos hideputas de qué pasta estamos hechos. ¡Apuntad...!

Se escuchó claramente el sonido de los mosquetes descansar sobre las almenas. Los soldados tenían las manos firmes y las miradas frías. No había margen para el miedo, y tan solo quedaba apretar el gatillo.

Frente a ellos estaba el ejército inglés, altivos y prepotentes, creyendo haber ganado antes de luchar. Pero no conocían a los españoles.

—¡Fuego!

El potente grito de Domingo retumbó en la piedra como un latigazo, cortando el aire helado con una furia que parecía emerger del mismo infierno. No era solo una orden; se trataba de un desafío, una sentencia de muerte escupida a la cara del enemigo.

Los mosquetes rugieron al unísono, sacudiendo las entrañas del castillo, generando un estruendo sordo, brutal, seco. La torre se llenó de olor acre, una espesa niebla de pólvora y muerte. El eco de la descarga rebotó en las aguas del lago, deslizándose sobre la brisa gélida hasta clavarse en los oídos de los ingleses como un aviso: los españoles no se rendían.

Los caballos relincharon, encabritándose, salpicando espuma por los belfos. Los soldados de la reina titubearon y algunos cayeron al suelo, inertes. No esperaban resistencia, y menos aún una tan feroz, tan jodidamente española.

Desde su posición, sonrió Domingo con los dientes apretados. Sabía lo que venía después. Recargar, esperar y volver a disparar. Y así, una y otra vez, hasta que no quedara nadie en pie.

—Ahí tenéis la respuesta, desgraciados —volvió a gritar Domingo, con la rabia acumulada de tantas semanas de huida y muerte, asomándose por la aspillera con la pólvora aún impregnada en las manos y en el rostro—. ¡Venid a por nosotros si tenéis cojones, hideputas!

Los soldados en las almenas replicaron al unísono con sus potentes voces desgarradas por la furia y la desesperación. Maldiciones, amenazas y risas ásperas emergieron de sus maltrechas almas. Los ingleses estaban probando la insolencia del español en su máxima expresión. Morirían allí, pero no sin llevarse a unos cuantos anglicanos al jodido infierno a visitar a su Lutero.

Desde la orilla, George Bingham contemplaba la escena con el gesto pétreo, sin entender bien lo que acababa de ocurrir. No estaba acostumbrado a esa desafiante actitud. Apretó los dientes. Mil ochocientos hombres con cientos de mosquetes y un castillo mal defendido por cuatro gatos. En teoría, la batalla ya estaba ganada antes de empezar; pero, desgraciadamente para los ingleses, la teoría nunca había pisado aquellos lodazales y mucho menos aquel bastión desde donde un jodido grupo de españoles no cesaban en sus insultos.

Cada intento de aproximación era un maldito desastre. El terreno era un enemigo más cruel que las balas. El lodazal devoraba botas, trababa piernas y convertía a sus hombres en patéticos peles, obligados a avanzar en fila india, perfectos blancos para los mosquetes de ese reducido grupo de malditos españoles que no sabían cuándo estaban vencidos.

Respiró hondo Bingham y escupió al suelo, con calma, sabiendo que aquello iba a costarle tiempo y sangre, posiblemente más de la esperada.

—Malditos —gruñó, tragándose las palabras con los dientes apretados.

Aquello era una jodida trampa mortal. Cada paso en falso empujaba a sus hombres hacia una muerte segura, con balas certeras escupidas desde las aspilleras y las almenas. El barro ya estaba plagado de cadáveres ingleses, algunos retorciéndose, otros ya fríos, con la mirada perdida en la nada. Bingham los observó sin pestañear. Había visto suficientes muertos en su vida, incluso en Flandes, como para que aquello no le alterara el pulso. Pero no dejaba de ser un recordatorio de que los españoles no iban a caer tan fácilmente.

Se detuvo un momento, miró de nuevo el castillo y volvió a escupir, sopesando sus opciones. Un asalto frontal era una estupidez; suponía demasiado riesgo y demasiada pólvora gastada en hombres que ni siquiera podían disparar bien sus mosquetes entre el barro. La única estrategia viable era el sitio. Cortarles el agua, la comida y dejar que el hambre y el frío hicieran su trabajo.

Que se rindieran cuando no les quedara más opción que devorarse entre ellos.

Pero lo que Bingham ignoraba era que los españoles no estaban ni de lejos tan desesperados como él imaginaba. McClancy les había dejado provisiones para meses, y aquellos hombres, curtidos en la guerra, habían aprendido que la resistencia era su mejor arma. Aguantarían cada maldita embestida, como lo habían hecho en tantas batallas anteriormente en Flandes, en Italia, contra el turco...

Arriba, en las almenas, los soldados españoles no pestañeaban, se mantenían con los mosquetes listos y los nudillos blancos sobre la culata. Se les veía flacos, sucios, las ropas rasgadas... pero no había derrota en sus ojos. Ni un atisbo de miedo. Solo la fría determinación del que ya ha tomado una decisión: luchar hasta el final.

Los nubarrones se arremolinaban en el cielo, espesos como la muerte que flotaba en el aire. El viento cortaba la piel como una afilada daga. Y en medio de aquel clima hostil, los ingleses avanzaron de nuevo, pero esta vez no venían solos. Traían consigo dos prisioneros españoles desnudos, magullados y con el rostro amoratado por el frío y las torturas, tambaleándose con sus cuerpos castigados, pero aún en pie.

Desde lo alto, Domingo López apretó los dientes y sintió un nudo en el estómago; era consciente de que la guerra, la verdadera guerra, no era solo disparos y acero. Era esto, dolía mucho y solía doblar voluntades.

Y en ese momento, George Bingham sonrió. Una sonrisa pequeña y cruel, pues había descubierto una grieta en la piedra, en sus corazones. Y ahora, se disponía a golpear con toda su fuerza. Lo acompañaba un elegante oficial, con actitud pulcra y mente venenosa.

—No lo hagáis más complicado —vociferó el oficial inglés—. Entregaos y estos dos hombres vivirán. De lo contrario, los veréis colgados de esa gruesa rama.

El bastardo ni se inmutó y extendió un brazo señalando un árbol cercano, uno de esos robles viejos y torcidos, con una rama que se curvaba hacia ellos como una amenaza de muerte.

En ese instante, Martina, sentada contra el muro de piedra, inmóvil desde hacía horas como un gato en la sombra, reaccionó de golpe. Se irguió con un respingo, cruzó la estancia como una centella y se asomó por la aspillera. Sus ojos se clavaron al fondo del paisaje.

—¡Pardiez! —escupió, como si la palabra le hubiese quemado la lengua.

—¿Qué os ocurre, Martina? —le preguntó Domingo, girándose hacia ella con la mano en la empuñadura.

—Dios... —murmuró ella—. Tan grande que es el mundo y ese bastardo tiene que aparecer justo aquí.

—¿Es él?

—Sí, es él. Maldita sea.

Entrecerró los ojos Domingo y, sin moverse un ápice, respondió con la misma calma con la que uno mete la pelota por el orificio delantero del cañón:

—Bueno, señora, tomadlo como un milagro. Quizás aún tendréis la oportunidad de rajarle el cuello.

Martina lo miró de reojo sin perder el rostro de estupefacción, y sonrió.

—Domingo, maldito seáis, no estamos para bromas. El milagro lo necesitamos nosotros para salir vivos de esta ratonera.

Él le devolvió una sonrisa irónica, cargada de hiel.

—Ya lo sé. Pero dejad que os imagine por un momento con una daga en su garganta.

De repente le subió la sangre como si fuera lava. El pulso le retumbó en las sienas, inspiró hondo, escupió al suelo con rabia... y gritó:

—Venid a por nosotros, hideputas. Dejad en paz a esos hombres. ¿Esto es lo que nos espera si nos entregamos? Venga, dadnos una prueba de confianza. Liberad a esos soldados y cuando estén aquí sanos y salvos hablaremos de rendición.

Mentía, claro. No iba a haber ninguna rendición mientras le quedara pólvora para los mosquetes y un aliento de vida en los pulmones. Pero el juego se jugaba en ambos bandos.

Desde abajo, el oficial inglés emitió un gruñido a la par de una sarcástica sonrisa.

—Vosotros lo habéis querido —gruñó.

Los soldados ingleses lanzaron las cuerdas por encima de aquella rama. Los prisioneros alzaron la vista y Domingo supo que el infierno estaba a punto de desatarse.

Cayeron las sogas sobre sus cuellos y los ingleses tensaron las cuerdas con ligeros tirones, tanteando su rigidez, como si aquello fuera un trámite rutinario, un simple ajuste antes de la ejecución. Los dos prisioneros españoles, descalzos y desnudos como vinieron al mundo, temblaban bajo el cruel frío de la mañana.

El oficial inglés se giró hacia el castillo, lo hizo con calma, como si fuera un verdugo que disfruta de su oficio. Su sonrisa era la de un hombre que saboreaba la victoria antes de consumarla.

—Comienza la cuenta atrás, caballeros —les anunció, sabiendo que la rendición sería cuestión de segundos—. Cuando llegemos a cero, estos hombres morirán. Y será culpa vuestra.

Esas últimas palabras del oficial inglés impregnaron de veneno las almenas. Martina lo volvió a mirar desde la espillera. Su impotencia se transformaba en rabia, y la rabia en lágrimas.

Los soldados españoles apretaron los dientes. Algunos tragaron saliva y profirieron maldiciones, sin apartar la vista de las sogas. Sabían que si se rendían acabarían igual, pero ver la escena sin hacer nada era un infierno.

—¡Diez, nueve, ocho...!

Cada número era un golpe seco en la conciencia, un contundente mazazo a las emociones.

—¡Siete, seis...!

El viento helado les cortaba la cara, pero no dolía tanto como la impotencia que sentían.

Domingo cerró los ojos un segundo y apretó la mandíbula hasta que el dolor subió por las sienas. Martina inspiró hondo, controlando el temblor en las manos. Cuéllar observaba sin pestañear con los dedos crispados en la empuñadura de su espada. Cada uno de ellos sintió la rabia subir como una ola imparable.

—¡Tres... dos...uno...!

En ese momento, se detuvo el oficial inglés unos largos segundos, esperando, dando la última oportunidad a los españoles.

—Vosotros lo habéis querido así —les gritó al fin, al obtener el silencio como respuesta—. Adelante.

Las sogas se tensaron y los prisioneros cerraron los ojos, conscientes de lo que iba a ocurrir.

El oficial inglés alzó el brazo, con su voz fría como un cuchillo:

—¡Tirad con fuerza! ¡Arriba! ¡Arriba!

El grito rasgó el aire como un disparo.

Se oyó el chasquido de las sogas al tensarse de golpe, seguido del crujido de la gruesa rama. Los cuerpos de los dos prisioneros españoles ascendieron en un espasmo convulso, sacudidos como muñecos rotos, pataleando con violencia, buscando desesperadamente el suelo que ya no estaba bajo sus pies.

Las caras, contraídas en un rictus de terror, se deformaron en muecas imposibles. El aire les ardía en los pulmones, la garganta les estallaba en una presión insoportable, y uno de ellos se orinó muriendo. Las venas del cuello se hincharon, el rostro se les volvió morado y la saliva resbaló por las comisuras de sus labios. Pudieron ver, fugazmente, el cielo gris sobre sus cabezas... y luego... nada.

Desde la aspillera, los españoles miraban sin poder apartar la vista. Domingo sintió cómo su rabia se convertía en una piedra en su estómago. Martina apretó los puños, clavándose las uñas en la palma, sintiendo que cada segundo de aquella tortura se grababa en su memoria. En ese momento, supo la mujer que

aquel inglés no valía que le dedicara ni un segundo más de su vida. Ni siquiera se merecía el odio que la envolvía.

Las lágrimas no corrían por sus rostros; se quedaban atrapadas, frías y secas, en el interior. Porque allí, en medio del infierno, las lágrimas no servían de nada.

Los ingleses, satisfechos, se retiraron. Dejaron tras de sí los dos cuerpos colgando del árbol, balanceándose como grotescos péndulos de muerte. Las sogas crujían con el viento, recordando lo que aguardaba al resto. Minutos después, la madera, debilitada, cedió.

El sonido de la rama quebrándose resonó como un hueso roto y los dos cadáveres cayeron al suelo con un golpe seco, inertes, torpes y sin alma. Fríos y rígidos. Y en lo alto de las almenas, los soldados españoles juraron en silencio que, antes de acabar igual, venderían caras sus almas.

—Domingo... don Francisco... —La voz de Martina sonó quebrada, triste, como si el frío y la muerte la hubieran atravesado—. Si ese es el destino que nos espera, me honra compartirlo con hombres como vuestras mercedes.

No había miedo en sus palabras. Se trataba de la firme aceptación de alguien que ha cruzado un límite y ya no piensa retroceder.

Domingo, con la mandíbula tensa, sintió un escalofrío recorrerle la espalda. No era miedo, sino rabia y la certeza de que no saldrían vivos de aquella fortaleza, pero que no caerían sin antes hacer pagar a los ingleses cada jodida pelota de plomo.

—Nos ganaremos nuestra condena, señora —le murmuró Domingo, con una sonrisa torva y amarga—. Y ellos..., os aseguro que también.

Martina alzó la vista. Sus ojos, llenos de lágrimas, no temblaban. En ese instante era uno de ellos. Si la muerte los esperaba tras aquellas piedras, entonces la encontrarían con el acero en la mano y el nombre de España en los labios. En esos momentos, el maldito oficial inglés dejó de ser su objetivo. Al verlo dar esa funesta orden sobre el caballo, entendió que un

hombre así no merecía un segundo más de sus pensamientos. Ahora, lo importante era salir con vida de aquello y volver a casa.

Cuéllar exhaló con dureza, sin dejar de mirar los cadáveres en el frío suelo.

—Que vengan esos cabrones —gruñó con rabia—. Que vengan y lo intenten. Nosotros ya estamos dispuestos a morir, pero quizás ellos no tanto.

Afuera, el viento soplaba helado, y dentro del castillo, los españoles afilaban la mirada y el arrojo. El viento silbaba entre las almenas, cargado de oscuros presagios.

Los hombres, apoyados contra los muros que hasta ahora les habían dado seguridad, sabían que aquello se acababa. Lo intuían en la quietud del enemigo, en el frío, en la soledad y en la certeza de que ya no quedaban más escapatorias. Se habían resignado, pero al menos morirían juntos. Y eso, en el infierno que habían vivido hasta ahora, comenzaba a sentirse como un extraño consuelo.

Domingo era consciente de que la muerte llegaría rápida para ellos, quizás con un disparo en la cabeza, un tajo limpio en el cuello o la soga colgando de un árbol. Pero Martina... Martina era otro cantar.

A ella no la matarían de inmediato. No sin antes usarla, vejarla y reírse de ella una y otra vez hasta dejarla reducida a un despojo. Y luego, cuando se cansaran, le rajarían el cuello, o peor, le meterían un cuchillo en el vientre para que muriera de lenta agonía, asestándole el golpe final.

Eso sí lo aterraba, mucho más que su propia ejecución. Bajó la mirada y apretó los dientes; no iba a permitirlo. Prefería pegarle un tiro él mismo antes que dejarla en manos de esos cabrones. Prefería verla muerta con dignidad que destrozada en la humillación, pero el solo hecho de pensarlo le revolvía las entrañas.

A su lado, masculló una oración un soldado, otro maldijo en voz baja. Las palabras se las llevaba el viento, pero la ira se quedaba en los ojos.

Con el paso de los días, comenzó el invierno irlandés a mostrar su verdadero rostro. El frío no era solo frío, ya era una maldición, una daga invisible que se colaba entre las costuras de la ropa, que se enroscaba en los huesos y se alojaba en el pecho, robando aliento y fuerzas. Los días eran grises y las noches infinitas.

Abajo, a una distancia prudencial de la orilla del lago, los ingleses seguían firmes en su asedio, inmóviles como buitres en un árbol seco. Se mantenían cerca del calor de sus hogueras, con provisiones y pieles gruesas, mientras los españoles se congelaban dentro de una trampa de piedra.

Lluvia helada, viento despiadado y barro por todas partes. Así transcurrieron los días. Quince días de hambre, de frío, de miradas cada vez más vacías, de rezos y maldiciones que se perdían entre las grietas de los muros del castillo.

En lo alto de las almenas, Cuéllar, Domingo y Martina contemplaban el paisaje. Estaban en silencio y sabían que no durarían mucho más, pero entonces, algo cambió.

—¡Mirad! —exclamó Martina, con una chispa de sorpresa en la voz—. Son copos de nieve.

Al principio, pequeños, tímidos y bellos, se depositaban sobre los hombros del jubón negro de Domingo. Pero en cuestión de minutos, la nieve comenzó a caer con más fuerza, cubriéndolo todo en un manto blanco. Un silencio lúgubre se apoderó del mundo que los rodeaba.

El viento ululó con furia, arremetiendo contra los muros del castillo, arrastrando consigo la nieve en fantasmales remolinos. El frío dejó de ser una molestia para convertirse en un castigo. Los dientes castañeteaban, la piel se tornaba morada y los labios se agrietaban.

—Esto es malo —murmuró Cuéllar, con la vista clavada en un implacable horizonte blanco, sin poder ver mucho más allá de la orilla, aunque aún podía percibir las siluetas de los ingleses moverse de un lado a otro. Domingo se frotó las manos con violencia, intentando devolverles algo de vida.

—Sí —le respondió con voz seca—. Será este maldito invierno o esos malditos ingleses, pero uno de los dos acabará matándonos. De momento, vayamos dentro.

El silencio fue reemplazado por un siseo constante de la nieve acumulándose sobre todo lo que encontraba a su paso. La temperatura descendió de forma brusca y el frío se volvió insoportable. Los españoles, cansados y fríos, se vieron obligados a buscar refugio en el interior del castillo. No había forma de mantenerse en las almenas sin arriesgarse a la congelación.

Cuéllar escupió al suelo y se volvió hacia Domingo y Martina.

—Este asqueroso clima... —hizo una pausa, apretando los dientes— puede matarnos, pero vive Dios que también podría salvarnos.

Martina se frotó los brazos con fuerza, intentando recuperar algo de calor en aquel infierno helado. El viento seguía silbando entre las almenas, arrastrando consigo la nieve en caprichosos torbellinos.

Domingo, con la mandíbula tensa, asintió.

—Si nosotros lo estamos pasando mal, esos hideputas de ahí afuera tampoco lo tendrán nada fácil —dijo.

A lo lejos, las siluetas de los soldados ingleses, apenas visibles tras la cortina de nieve, se movían con torpeza, encorvados por el frío y la humedad. Los hombres se refugiaban junto a sus fogatas, acurrucados como perros callejeros en busca de calor. Pero no bastaba. El agua congelada les destrozaría los pies, la humedad los calaría hasta los huesos, las mantas empapadas no servirían de nada y, lo peor de todo, el frío no perdonaría a nadie. Daba igual el bando, el país o la fe. Aquel país inhóspito, salvaje y desconocido no tomaría parte por nadie.

Si la nieve seguía cayendo, no podrían recibir suministros. Las veredas embarradas desaparecerían, ocultas bajo el gran manto blanco, y los carros de provisiones ingleses quedarían atascados en el lodo, a merced del clima y del hambre.

—Este tiempo podría hacer que esos bastardos se retiraran —murmuró Martina, esperanzada.

Cuéllar la miró, pero se mantuvo en silencio, ya que dentro del castillo las cosas tampoco iban mejor.

La comida comenzaba a escasear, y los barriles de provisiones, almacenados antes de la partida de McClancy, se estaban echando a perder. La humedad había podrido el pan, y la carne salada apestaba. El grano, enmohecido, se deshacía entre los dedos como ceniza.

Los hombres temblaban bajo sus raídas mantas, acurrucados en los rincones más resguardados de la fortaleza, aferrándose al calor de sus propios cuerpos como si fuera su última esperanza.

Martina seguía observando la nieve caer. De repente, un escalofrío, ajeno al frío, la recorrió de arriba abajo. Era el miedo: esa sombra silenciosa que se colaba en los huesos junto con la humedad. Quería luchar —lo juraba por Dios y por su madre—, pero el frío era un enemigo despiadado. Se infiltraba bajo la ropa, mordía la piel y atenazaba los músculos. Lo sentía en la carne, en los huesos, en los pulmones. Era como si la muerte le susurrara al oído.

—Domingo... —su voz temblaba—, puede que no sobrevivamos a esta tormenta..., pero tampoco lo harán ellos.

Su mirada se perdió de nuevo en el horizonte, en esa nada blanca que devoraba hombres, cuerpos y huellas, sin distinción. Domingo la miró de reojo. Estaba helada, pálida, con los labios amoratados, pero su férrea determinación seguía ahí. Como una loba herida, el cuerpo hecho añicos, pero los colmillos aún afilados y sedientos de lucha.

—Que los ingleses sufran este jodido temporal —murmuró Domingo entre dientes, con odio—. Aguantaremos. No será esta maldita tormenta la que nos venza. No quiero pensar que los soldados que yacen ahí afuera, bajo el manto de nieve, murieron por nada.

Arrebujado en su manta, Cuéllar lo miró de soslayo, pero guardó silencio. Sabía que todo aquello era una ilusión, una

mentira reconfortante. A sus ojos, el castillo ya no era un refugio, sino una trampa: una tumba de piedra en la que la muerte solo aguardaba a que el hambre y el frío completaran su tarea.

Mientras tanto, afuera, los ingleses luchaban también contra su propio infierno. El viento les arrancaba la carne a tiras, las hogueras chisporroteaban en la nieve derretida, y los hombres caían de rodillas, tiritando, con los dedos azules y los labios agrietados.

El invierno no sabía de bandos; no entre católicos y protestantes. Iba a matarlos a todos. Ahora, el asedio ya no era solo una guerra entre hombres, ahora se trataba de una lucha de almas contra la propia naturaleza...